

pueden y deben hablar el mismo idioma, con tal de que dejen de discutir el problema de lo que es o no es ciencia, de cuáles son sus fronteras, de qué significa el término estructura y se avoquen al buen entendimiento a partir de investigaciones colectivas que tiendan a la convergencia y a una inteligente explicación de los fenómenos sociales.

La preocupación de los modelos matemáticos, las encuestas estadísticas, la historia tradicional, parecen proceder de una urgencia por destacar la cadena de hechos conocidos de antemano, en vez de avanzar hacia terrenos desconocidos, lo que requiere del trabajo consciente, crítico y creador de los estudiosos de las ciencias sociales; obviamente la innovación se da con relación al conocimiento de lo antiguo.

La historia de las civilizaciones, que había sido el campo de reflexión preferido por los historiadores, se ha dejado a un lado para dedicarse a procesos y estudios más productivos. Pero esta finalidad no limita la riqueza que hay al descubrir el papel que juegan las distintas civilizaciones que han precedido a la formación del gran sistema en que se agrupa la mayoría de la humanidad. La polémica crítica que abre Braudel con grandes pensadores como: Guizot, Burckhardt, Spengler, Toynbee, Alfred Weber y Philip Bagby, se debe fundamentalmente a la confusión entre los conceptos de civilización y cultura y a las posiciones utópicas que llevan implícitas con respecto al destino de la humanidad.

Braudel no se queda en la crítica de los sistemas históricos y filosóficos, sino por el contrario aporta sus tesis; a la luz de los adelantos científicos, considera que civilización y cultura son términos inseparables; pues sin un andamiaje económico, social y político, no hay determinación de la vida intelectual; por su parte, la cultura es la fuente de la juventud de las civilizaciones, es la regeneradora de todos los sistemas sociales. Las civilizaciones tienen mayores posibilidades de vida, pues en cuanto más ideas se producen en su seno, más fuertes y poderosas se vuelven; de ahí que los cambios bruscos y violentos las afecten infinitamente menos de lo que se cree. Braudel tampoco acepta que en las sociedades se presenten catástrofes inevitables a menos que la humanidad se suicide.

Finalmente, hay que añadir que la lectura de este libro es fascinante, cada página contagia del optimismo que tiene el autor, que cree en los hombres, en lo que ellos pueden hacer, aun cuando se presenten los más grandes obstáculos; la existencia de ellos sobre la tierra llena la vida de esperanzas.

*Susana Michel*

Fals Borda, Orlando. *Ciencia propia y colonialismo intelectual*, Editorial Nuestro Tiempo, S. A., México, 1970, 138 pp.

De manera general, puede destacarse que la preocupación fundamental del autor de este libro —el sociólogo colombiano Orlando Fals Borda— ha sido la de demostrar, mediante un enfoque histórico-seccional con proyección al futuro, que el sociólogo debe constituirse en el factor intelectual fundamental del inevitable proceso de transformación social que se empieza a percibir en la América Latina.

Ante la crisis, que resulta primordialmente de la situación de dependencia de la región latinoamericana (a excepción de Cuba) —crisis que se agudiza con el reto que constituye el informe Rockefeller— Fals Borda propone una solución que no es esperada por los países dominantes: la independencia cultural, técnica y científica

que conducirá a la independencia económica y política. Es decir, que la creación de una "ciencia nueva, rebelde y comprometida con la reconstrucción social necesaria... es la tarea del momento" (p. 21).

Sostiene que la comprensión de la crisis exige una ciencia social integral constituida especialmente de la vinculación de sociología, ciencia política y ciencia económica.

Por lo que respecta al sociólogo, en particular, éste debe comprometerse racionalmente en el sentido de crear una sociología de la liberación que reúna el requisito fundamental de ser independiente del colonialismo intelectual de los países dominantes. Una sociología así estaría en oposición a la que estudia problemas formales con escasa probabilidad de aplicación en los problemas del desarrollo; por el contrario, estaría al servicio de los grupos genuinamente interesados en el beneficio del conjunto de la sociedad, a quienes suministraría datos rigurosamente científicos que ilustrasen la situación real. El sociólogo, como observador-inserto, participaría en la política derivada de la aplicación de esos datos, racionalizando la acción de estos grupos y articulando con seriedad sus ideales. Esta sociología llegaría, tanto a las tareas concretas y prácticas de la lucha por la transformación, como a la estructuración de la sociedad resultante de la lucha.

Así, al científico social se le plantea un compromiso que se manifiesta en dos planos: por un lado debe proporcionar las formas adecuadas de transformación social; por el otro debe colaborar en la elaboración de una ciencia sociológica propia de la América Latina que llene los requisitos de acumulación de conocimiento, formación de conceptos y sistematización universal sin desconectarse del proceso general del desarrollo de la ciencia.

Al analizar el colonialismo intelectual al que ha estado sujeta la ciencia social, Fals Borda establece que éste ha traído como resultado la fuga espiritual del talento, al asumir los intelectuales actitudes "científicas" de carácter imitativo y de escasa creatividad propia.

Como un ejemplo detallado de colonialismo intelectual, el autor estudia el caso de la política cooperativista —emprendida por la mayoría de los países de la América Latina— que se encuentra en pleno auge a pesar de que cada país cuenta con la experiencia del fracaso de tales políticas de acción.

El autor concluye que esto se debe a que las formas de cooperativismo adoptadas han sido modelos importados —desvirtuados en sus ideales y metas originales por el capitalismo europeo a un grado tal que se han convertido en sus sirvientes— no adaptables a las circunstancias latinoamericanas. Pero, agravando todavía más la situación, aun estas formas de cooperativismo han sido cuidadosamente controladas por las clases dominantes de la América Latina, por temor a su potencialidad subversiva, sirviendo así sólo de aparatos correctivos del sistema e imposibilitando que traigan como consecuencia cambios significativos.

*Xavier Gamboa Villafranca*